

SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
COLECCION DE VIAJEROS RELATIVA A CHILE

C. E. BLADH

La República de Chile

1821-1828

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA UNIVERSITARIA

CAPÍTULO III

Chinganas.—Carreras.—Toros.—Peleas de gallos.—La conversación.—Los habitantes.—El Huaso.

Todos los domingos las familias hacían un paseo a pie hacia el suburbio, donde en casi toda casa había una pista de baile, la «Chingana», bajo el cielo abierto. Gente de ambos sexos de las clases bajas se reunían aquí en grupos. Una moza acompañaba con «guitarra» o «vihuela» una canción aguda y alegre pero poco recatada, durante lo cual una o varias parejas ejecutaban las danzas singulares y bastantes equívocas del país. Cerca había una cancha arreglada para el juego de pelota o palitroque, donde «los huasos» (5) jugaban plata, se emborrachaban con aguardiente y vino y a menudo entraban en riñas. Para las carreras, uno de los placeres principales del pueblo, se reunían los habitantes casi unánimemente en un promontorio plano y alto al sur de la ciudad, llamado «playa grande», donde también había chinganas y juegos, además de venta de helados, ponches, frutas y otros refrescos. Las corridas de toros y las peleas de gallos constituyen otro de los placeres favoritos del pueblo. Se ejecutan en un lugar abierto entre el puerto y el Almendral, donde para esta ocasión se construye una gran ramada, que es visitada por todas las clases sociales de ambos sexos. Las riñas son frecuentadas solamente por hombres, y entre ellos también por «caballeros ricos», los que en apuestas derrochan grandes sumas.

La conversación entre las clases altas es aquí en general vivaz y fina, y la vida social fácil y natural. Sin embargo, las costumbres extranjeras habían reemplazado en parte la hospitalidad y cordialidad tradicional que se conserva en las ciudades y regiones de Chile que han tenido menos contacto con el extranjero. Aquí las visitas son más formales, la recepción y la vida social más reservadas. Los habitantes del Puerto habían aceptado en general las maneras y modas extranjeras, por lo cual ellos eran considerados por los demás chilenos con una especie de desconfianza, y titulados con el sobrenombre

(5) Se llaman «Gauchos» en Buenos Aires y en Montevideo.

de «porteños», a lo cual se agregaba a menudo el epíteto de «pintor» para denotar su superficialidad. En este sentido se puede citar la tolerancia en materia religiosa que aquí es notable, en comparación con las regiones interiores del país.

Los habitantes, especialmente los campesinos, que vienen diariamente en multitud con sus tropas de mulas y sus carretas tiradas por bueyes, son altos, enérgicos y denotan algo de bueno a través de sus grandes ojos morenos. Cualquiera que tenga algo que vender se pasea montado o a pie por la ciudad mientras que continuamente vocea el nombre de su mercadería, de modo que se oyen al mismo tiempo tonos discordantísimos. Esto, en combinación con el vestuario singular de los campesinos, la compostura galante de «los huasos» a caballo, el sonido metálico y el lujo de sus enormes espuelas, asombra al europeo recién llegado y le recuerda al instante que se encuentra en un continente exótico. El capitalista, el oficial, el cura, el burgués y el campesino, todos van montados y llevan generalmente el mismo traje, aunque algo distinto en calidad en relación con los medios de cada cual. Por lo común, no usan corbata, la cual les molestaría al andar a caballo bajo el calor fuerte del sol y la polvareda. Su ropa interior consiste en un vestón apretado al cuerpo, camiseta y calzoncillos. La mayoría lleva botas; los zapatos no le vienen a un caballero chileno. Encima de las botas se ponen una especie de polainas negras de lana, las que se doblan en el muslo y caen sobre el tobillo. Se amarran debajo de la rodilla con cintas resplandecientes y se atan sobre el tobillo con las correas de las espuelas. Las espuelas son enormes, sus rodajas miden dos pulgadas; los adinerados las usan de plata, llegando hasta un valor de 30 pesos, y además los estribos, la huasca, las hebillas y la guarnición del freno son del mismo metal. Los pobres las usan de acero pulido, hierro o bronce. En la rodilla del jinete se asoma un mango bien adornado, generalmente de plata, que señala un cuchillo de 12 a 15 pulgadas de largo, metido adentro de la polaina, el cual es el arma vital del huaso y se llama puñal. Como abrigo en el día y en la noche cuando descansa bajo el cielo abierto, el huaso usa un paño cuadrado, generalmente de 4 varas de largo y 2 varas de ancho, con un agujero en la mitad, por el cual pasa la cabeza, cuando quiere llevarlo pues-

to. En otros casos lo usa como cinturón alrededor de la cintura o encima del hombro. Este capote se llama «poncho» y está tejido en colores pintorescos. Los ricos lo usan de una fina lana verde o azul con flecos dorados, o de una seda hilada en casa; pero en general consiste en un tocuyo grueso, doméstico en su factura, de fondo blanco y flecos y bandas anchas multicolores. El jinete lleva sobre su cabeza un liviano sombrero de Guayaquil (6) de ala corta, doblada para abajo, y de copa en forma cónica, atado bajo la barba con una cinta negra. La montura se distingue menos por su belleza que por lo útil que es su forma. Sobre el lomo del caballo se extienden peleros y varias tapas de una tela gruesa y encima se coloca una armazón de madera, hecha al estilo del lomo con tablillas sobresalientes, que sin embargo no debe tocar la espina dorsal. Esta montura se amarra bien firme con dos cinchas fuertes, y se tapa con tres cueros de oveja curtidos y teñidos en azul, colocados uno sobre el otro con la lana para arriba, encima de los cuales se pone un cuero blando de ternera curtido y pirograbado con decoraciones, no teñido, que se afirma sobre el asiento de la montura con una cincha ancha multicolor. Se cabalga muy cómodamente en este llamado «recado», que daña menos al caballo que las sillas inglesas, que se usan solamente en los paseos.

El huaso usa además el lazo, según se llama, que generalmente está colgado, enrollado, sobre el pomo del arzón. Consiste en una larga correa coherente, cortada de un cuero de vaca rudo y después retorcido en una cuerda redonda. Uno de sus extremos está atado a la cincha, el otro está provisto de un nudo corredizo. Se acostumbra llevar las riendas en la mano derecha del jinete, pero cuando quiere usar el lazo, las deja

(6) Los llaman sombreros chilenos equivocadamente, porque se fabrican en Guayaquil de una fibra que crece allá en abundancia. De tiempo inmemorial los indígenas han confeccionado trabajos curiosos preparando, partiendo y tiñendo esta fibra. Trabajan sin ayuda de máquinas, por lo cual sus productos más artísticos cuestan una suma considerable. He visto pagar por los sombreros más finos, 17 a 25 pesos. Las cigarreras de primera clase cuestan hasta 30 pesos. Los sombreros ordinarios que en general se usan en viajes, son simples y se pueden comprar en Chile por 10 reales, lo que equivale más o menos a 5 «Riksdaler Rgs».

caer, recoge la correa enrollada con la mano izquierda, toma ésta en la mano derecha, le da tantas vueltas como encuentre necesarias, y lo blande rápidamente sobre la cabeza para echarle vuelo al lazo, que después lanza sobre su víctima en línea recta con una velocidad y precisión asombrosa. He visto a estos jinetes hábiles perseguir a un caballo u otro animal, en plena carrera, y al mismo tiempo lanzar su lazo alrededor del cuello o del pie del animal, según su cálculo, y a una distancia increíble (7).

Los caballos se amaestran con este fin y siguen a menudo sin riendas los movimientos del jinete. Cuando—como casi siempre ocurre—se acierta con el lazo, el jinete estira las riendas; entonces el caballo se detiene al instante y le da el lado al animal preso, e inclina el cuerpo hacia el lado opuesto. Cuando la correa está en tensión, el caballo tiene en esta posición una fuerza tan superior, que el animal enlazado siempre se detiene al sufrir el choque, y a menudo cae al suelo.

Los caballos en Valparaíso y en las cercanías son— a causa de la falta de potreros espaciosos—inferiores a aquellos del interior del país y de las provincias del sur.

(7) El año 1827 fuí testigo ocular de una ocasión en que un huaso dió una prueba extraordinaria de su habilidad con el lazo. Un barco, *Arethusa*, de Nápoles, encalló durante una tormenta fuerte del oeste en las rocas de la costa de Valparaíso, a una distancia de alrededor de 10 leguas del camino entre el puerto y el Almendral. La tripulación se podría haber salvado mientras que el barco aun resistía; pero el capitán no se figuraba tan grande el peligro y mantenía la tripulación a bordo, para cuidar el barco y la carga. Sin embargo, la base del barco se soltó a los golpes; los mástiles se cayeron al agua y lo flotante de la carga, que consistía de mercancías en fardos, cubrió toda la superficie del agua entre el buque destrozado y la tierra. El piloto, con ocho marineros, que sabían nadar, se echaron entonces al agua del lado de barlovento y fueron felizmente conducidos por las olas a la costa peñascosa hacia el final de la bahía, que consiste de terreno arenoso, y ahí fueron todos rescatados. El Capitán, su hijo y siete de la tripulación estaban todavía a bordo; pero como el barco fuera amenazado de ser devorado por las olas inmensas, se tiraron cuatro marineros al agua, al sotavento del casco y fueron inmediatamente destrozados entre los fragmentos del barco y la carga. Toda la costa estaba llena de gente que quería ayudar a los infelices que todavía quedaban a bordo; pero no había ningún modo de salvarlos. Trataban de tirar cuerdas con piedras amarradas a bordo pero la tormenta contraria lo impedía; por fin se logró, cargando un

de hierro con ruedas guarnecidas para coches y carretas, llantas de madera, y cubos; sillas y sofás de madera simple, con asiento de mimbre bien pintadas y con la forma graciosa de las norteamericanas; un surtido completo para una mercería, una partida escogida de hierro en barras, pernos y cintas, algo de tablas, pez, alquitrán, calcio, vitriolo, pez de castilla y potasio; algunos mástiles y vergas, algunos botes livianos y de poca profundidad, que sean bravos para el mar; dragas con pequeñas anclas; lona de segunda clase, gruesa, cáñamo de varias clases, pesas, molejones, etc. (13).

Para tener buen éxito en este tráfico será siempre necesario observar todas las reglas y formas, que las naciones que comercian con estos países han ya introducido en Chile.

CAPÍTULO V

Viaje a Santiago de Chile.—Las Cuestas.—El terrateniente.—Los campesinos.—Vista de Santiago de Chile.

De Valparaíso se cuentan treinta leguas (alrededor de quince millas suecas) a Santiago de Chile, la capital de la república y de la provincia, situada al este de Valparaíso. Los llanos grandes, que forman esta superficie, están completamente separados por tres cadenas de montañas («Cuestas»), que constituyen como costillas de la gran cadena de la cordillera de los Andes. La primera, o «Alto del Puerto», empieza a la salida de Valparaíso, sigue la costa y es la más baja. La segunda, «La Cuesta de Zapata», encuentra al viajero a mitad de camino, y la tercera, «La Cuesta de Prado», está a una distancia de siete leguas de Santiago. Estas dos últimas son bastante altas y difíciles de pasar. En tiempos remotos sólo se podía pasarlas a caballo, pero el Capitán General, Don Ambrosio O'Higgins, cuya memoria se eterniza en muchas otras

(13) Un inglés, el Sr. Blest, ha establecido aquí una gran cervecería y fabrica una gran cantidad de cerveza buena, que en sabor mucho se parece a la buena de Estocolmo. Ha ensayado exportarla, pero la falta de cántaros de greda le ha impedido hasta ahora hacerlo, porque la cerveza fermenta demasiado en este clima para que se pueda conservar en botellas. Por esto los cántaros de greda son sumamente deseables y se usan a menudo en la importación de ginebra.

instituciones útiles, construyó una carretera a través de esas cuestras, la cual, aunque mal cuidada, en 1828 todavía era transitada por vehículos de todas clases. Zigzaguea a los dos lados de la cadena montañosa, del pie hasta la cumbre, y se necesitan dos horas para llegar al cerro más alto. De allá se ve un panorama majestuoso y cuando uno mira para abajo desde el borde de la Cuesta, los caballos y el ganado pastando parecen ratoncillos minúsculos. La diligencia corría en 1822 entre Valparaíso y Santiago; en ella cabían nueve personas, y el precio era un doblón (cerca de 68 R: dr Rgds.) por persona; pero era muy pesada y no fué empresa económica debido a los muchos caballos que se reventaron; por lo cual se suspendió el servicio. Después se usaron cabriolés de capota, de dos asientos, con un par de caballos.

Una vez tomé asiento para Santiago en uno de estos coches, que en el camino plano era tirado por cuatro caballos; pero al pasar las cuestras, había a veces que aparejar hasta dieciséis caballos de repuesto que acompañaban a la diligencia. Esto se hacía por medio del «lazo» que el jinete amarraba al coche, a las varas y a los arneses, y cuando el tiro estaba listo, partían en plena carrera cuesta arriba, zigzagueando, después de lo cual se detenía para girar, en uno de los parapetos contruídos en cada vuelta del camino, hasta que los caballos descansasen. En seguida continuaba el viaje, con las mismas interrupciones hasta el punto más alto de la cuesta, donde los caballos de repuesto se desaparejaban y los cuatro primeros recibían cada uno su azote lanzándose cuesta abajo en plena carrera. Una dama que estaba adentro del coche se desmayó; nosotros los hombres sentimos vértigos y nos agarramos espasmódicamente a nuestros asientos; pero el cochero era muy hábil, y todo terminó bien. Después de un rato nos encontramos en el llano, y la dama desmayada volvió en sí. Mas el viaje no estaba exento de peligro, y anteriormente el mismo cochero había dado vuelta el coche, en una de estas cuestras, en plena carrera, en un giro corto, por lo cual rodó con caballo, coche y pasajeros y cayó camino abajo sin que nadie quedase herido en esta ocasión (14).

(14) Entre los pasajeros se encontraba una señora de la alta sociedad. Permaneció desmayada durante mucho tiempo después del vuelco. Su ros-

Sin embargo siempre es costumbre aquí bajar despacio por estas cuestas. Para frenar la velocidad se suelen amarrar dos caballos postillones con el lazo detrás del coche, que siguen resistiendo y así lo detienen.

Los carros tirados por bueyes (las carretas) son en este viaje bastante incómodos por su construcción pesada y su sobrecarga generalmente demasiado grande. Tienen solamente dos ruedas; pero éstas tienen alrededor de cuatro cuartas de altura y grosor equivalente; el eje es de madera, grueso en exceso y sobre él descansa el extremo de un tronco largo y grueso, cuyo otro extremo alcanza y está colocado sobre el yugo de los bueyes posteriores, de donde una correa pasa hacia el yugo de los del medio, y de allá a los primeros. Al bajar las cuestas siempre se desapareja la primera yunta de bueyes y se amarra detrás de la carreta con un cordel en los cuernos. Como la flema natural de estos animales los hace resistir el movimiento con toda su fuerza, así frena la rapidez del vehículo. Cuando se encuentran estas carretas en los sitios más angostos de las cuestas, o bien con tropas de mulas cargadas, resulta a menudo muy difícil, sobre todo para los coches, pasarlas, sin daño o accidente; pero el ruido penetrante y monótono (15) de las carretas y los gritos continuos de los arrieros: «*ánda mula*», y «*mula ónde va?*» avisan al viajero con anticipación de su proximidad.

En estas cuestas hace un calor sofocante en el día sobre todo cuando no hay viento, en la noche hace frío, sobre todo en el invierno. En parte esto da ocasión a que los asaltos, que a veces ocurren aquí, muy rara vez se cometen durante la noche, pues a los chilenos no les gusta exponerse al frío. La razón principal es sin embargo la facilidad que tienen los bandidos de espiar en el día desde lejos en la cuesta a los viajeros y saben así su número y sus armas, y pueden calcular con seguridad las con-

tro maquillado con carmín, fué comentado cortésmente por los pasajeros durante el desmayo; pero ella, estupefacta, lo desmintió con ayuda de un pañuelo y agua de colonia y se puso blanca como nieve.

(15) Los carreteros pretenden que sin este ruido monótono los bueyes no avanzarían sin detenerse a menudo; por esto aceitan las ruedas rara vez o nunca. El ruido parece de lejos el crujido de los trineos con cargas pesadas en un invierno helado.

secuencias de un ataque, que pudiera resultar peligroso para ellos mismos en la noche. Estos asaltos son raros y ocurren en general solamente cuando los bandidos se fugan de los presidios ambulantes.

Como en esta parte de Chile no llueve nunca desde principios de octubre hasta fines de mayo, el pasto se marchita durante esa estación, tanto en los campos como en los cerros, con excepción de las regiones alrededor de arroyos y fuentes. Las cuestas presentan así una vista ilimitada de un campo enorme color dorado, con grupos esparcidos aquí y allá de plantaciones frondosas y árboles pequeños (16) de un tono verde subidísimo. Aquí y allá el ojo avista una palmera solitaria, grupos de vacunos pastando, una manada de caballos medio salvajes o bien una caravana de carretas cargadas, una recua de mulas aparejadas o una cabalgata de mujeres de campo cabalgando en su arzón de una asa en «bestias de paso», acompañadas siempre por algunos «caballeros» y «huasos» montados en caballos de trote, sobre cuyas ancas muchas veces es posible ver la menuda «chilena», agradablemente sentada a la espalda del jinete (17).

En los valles de estas cuestas es posible encontrar una vegetación maravillosa de árboles siempre verdes. Se pasa ante un grupo de olivos y laureles silvestres que embalsaman el aire con un olor aromático tan fuerte, que muchas personas se marean al sentirlo. Grandes bandadas de loros multicolores se posan en los árboles y entristecen el alma con sus gritos.

✓ El país está aquí como en todas partes de la zona central, poco poblado, y las casas del pueblo consisten en casuchas

(16) Se llaman aquí espinos, son de la familia de las ramneas, y tienen largas espinas de hasta cinco pulgadas. Constituyen la mejor y más abundante leña de estas regiones.

(17) Los hombres, sobre todo «los jinetes» (caballeros adiestrados a dominar el caballo), consideran realmente al caballo de paso apropiado para las mujeres, para cuyo servicio también se adiestran con el mayor cuidado; ellos los usan para viajes largos, pero generalmente montan caballos amansados para carreras y uno de paso constante y natural, pero rápido. Nadie se atreve a montar una yegua, se arriesgaría a ser apedreado. Caballos trotadores no usa el chileno; pero los adiestra para los extranjeros residentes en el país, los cuales los compran a un precio alto.

(«ranchos»), construídas de ramas y greda y cubiertas por cañas de totora, rara vez por tejas. Existe aquí una especie de feudalismo, debido a que desde los tiempos de la dominación española unas pocas familias poseían la mayor parte de la superficie del país, gracias al sistema de los «mayorazgos» (18). Estos latifundios son con pocas excepciones, mal cuidados; me refiero a lo grosero del estilo en su exterior. Pero el descuido de las chacras chicas supera a toda descripción. Estas poseen en general una casa sumamente modesta, construída de «adobes» (ladrillo para muros no cocido) o simplemente de greda. No se puede ver ni un solo rasgo de fineza ni de comodidad allende sus murallas, y dentro reina la ociosidad, lo sucio y el aburrimiento. No encontré sillas, pero en su lugar unas bancas primitivas sin pintura. En el medio del piso que es la misma tierra y en la única verdadera habitación (los otros eran retretes) hay una larga mesa rústica de madera, enterrada en la tierra, sobre la cual se extiende un paño de aspecto sospechoso, unos cuantos cuchillos y tenedores generalmente rotos; porque la familia no los usa y (para los invitados) algunos platos remendados. Se come con los dedos o bien con tenedores retirando las viandas de las fuentes colocadas en el medio de la mesa, y se bebe el vino del país en algunos vasos sucios comunes para todos los presentes. Las mujeres de la familia que nosotros visitamos eran pálidas y vegetaban en el «sans souci» (indiferencia), aburridísimas de «la siesta» (el descanso después de la comida), que siempre se practica en Chile tanto entre los ricos como entre los pobres.

✓ Siendo éstas las condiciones materiales con las excepciones que existen, sin embargo, en todas las cosas humanas no puede uno extrañarse que la limpieza y la holgura falten aún más en la clase pobre compuesta generalmente por los «inquilinos», que han obtenido permiso indefinido para establecerse en los terrenos enclavados en los fundos, con la obligación de ayudar por un modesto pago y a veces por nada, a los trabajos del fundo en las matanzas, las vendimias, la cosecha del trigo,

(18) Las tierras se pueden ahora vender y pueden pertenecer a alguien ajeno de la familia del mayorazgo.

la trilla, etc. El derecho de propiedad de la tierra donde se establecen, es demasiado inseguro para que pueda adherirlos a ella. Por esta razón limitan su trabajo a la construcción de algunos «ranchos» infames, donde las mujeres acostumbran tener «boliches» y «chingana», mientras que los hombres aficionados a las fiestas, asisten a las carreras y a las casas de juego, y a menudo se quedan cuatro o cinco días fuera de casa. Sus ideas sobre los placeres y diversiones son por consiguiente limitados y groseramente sensuales y como el lujo de los mejor colocados, o de la alta sociedad, apenas alcanzan a influirlos en el sentido de un mejoramiento en las costumbres domésticas, la elegancia en el vestir, la vida social o la comodidad, y como tampoco ambicionan igualar a aquéllos, en sus formas de vida, placeres y vicios, «el huaso» en consecuencia carece del estímulo de la imitación de una vida tranquila e industriosa; y por eso no debe extrañarse que estos hombres rústicos e ignorantes no atiendan al cuidado de la mujer y los niños fuera de la necesidad inmediata.

Bastantes buenas tabernas o fondas se encuentran a lo largo de este camino y en ellas se pueden alquilar caballos; pero en general se usan caballos propios o se arrienda uno para todo el viaje. El mejor lugar de reposo durante el camino es la aldea de Casa Blanca, cerca de 12 leguas de Valparaíso. Fué totalmente destruída en el terremoto de 1822 (lo que contaré más adelante), y muchas personas perdieron allí sus vidas; pero ahora (1828) estaba completamente reconstruída. Aquí y en otro paradero, El Cajón de Zapata, es posible encontrar, además de piezas decentes y buena comida, camas limpias, cosa que falta en las otras estaciones descritas.

✕ Después de haber recorrido la Cuesta de lo Prado, se divisa Santiago de Chile. Emerge entonces a una distancia de tres millas suecas (30 km.) en el centro de un llano y por sobre la ciudad se ve la Cordillera de los Andes, cubierta de nieves eternas, a una distancia casi de tres millas hacia el este. Chalets y chacras, árboles y plantaciones, crecen en las márgenes del río Mapocho que culebreando a través de grandes prados llena la superficie de esta extensa llanura. Sin embargo los alrededores de la ciudad no evocan grandes sensaciones, a causa de su aspecto triste, debido tanto a los muchos

lugares planos y estériles que hay que atravesar, como a la falta de estilo y elegancia que puede notarse en las chacras. El panorama de la ciudad es pintoresco debido a su situación grandiosa al pie de las montañas cubiertas de nieve; pero la superficie plana donde está ubicada y que la ciñe —tan llana, sin accidentes de cerros o lagos—, disminuye el efecto imponente que de otro modo ofrecería su extensión y su gran número de torres.

CAPÍTULO VI

Santiago de Chile.—Edificios.—Ahrengren.—Paseos.—Modo de vestirse.—Distracciones.

Santiago de Chile fué fundado en 1541; tiene alrededor de cuarenta mil habitantes, es de plano regular, dividido en manzanas, de cuadras (19) de 150 varas (alrededor de 114 metros) en cada lado. Los lotes edificados son extensos y los edificios cómodos. Consisten en casas de un piso, construídas con los dichos «adobes» (20) y forman tres o varios cuadrados o patios cerrados, en línea uno tras otro; el primero, que es limpio y bien pavimentado, encierra el «corps de logis» (parte principal); el segundo, contiene las piezas de los sirvientes, cocina, bodegas, etc., y hay en general en el centro del igualmente bien pavimentado segundo patio un jardín y una terraza; el tercero se usa para las dependencias, para los animales domésticos y para guardar leña, carbón, etc. Las puertas son enormes y forman con su bóveda hermosa un frontispicio que decora la casa misma. Las piezas son altas y espaciosas, y provistas de ventanas grandes, que se abren hacia el interior; por fuera

(19) Este nombre también se usa para designar la extensión areal de tierra: se dice por ejemplo: un fundo de 2.000 «cuadras».

(20) Ladrillos no cocidos de 5 cuartas de longitud y 2½ cuartas de anchura, fabricados de greda, mezclada con paja y excrementos de caballo, por lo cual obtienen una flexibilidad que, mejor que piedra y ladrillo cocido, resiste a terremotos. Por miedo de éstos la anchura de los terrenos es tan grande y las casas tan bajas, que los habitantes, cuando ocurre este fenómeno, pueden salvarse en el centro de los patios, sin que sean alcanzados por las murallas derribadas.